

DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN EL CEMENTERIO EN EL ACTO DE LA
INHUMACION DEL CADAVER DEL PROFESOR

MANUEL VICENTE PEÑA

Señores:

En nombre de la Facultad de Medicina vengo a dar la despedida postrera a MANUEL V. PEÑA. Penoso deber que contrista el espíritu y pone una nota emocional de vago temor en nuestro psiquismo, porque la mirada escrutadora se filtra cortando los nebulosos arcanos del futuro para llegar segura a ese final biológico que principia en la tierra y quizá en ella misma termine.

En dolorosas peregrinaciones como ésta a la que asistimos hoy, hemos venido dejando a los maestros, envueltos en la sombra; nombres ilustres que brillarán siempre en la ciencia nacional y a cuyo amparo resurgió la Facultad de Medicina, han desfilaro lentamente, dejando en sus cátedras vacíos irremplazables. Lombana Barreneche, Luis María Rivas, Miguel Rueda, Andrés Bermúdez, Gabriel Camero y José Ignacio Uribe, para no citar sino los más recientes, y con ellos Manuel Vicente Peña, se vincularon con amor, con entusiasmo, con desprendimiento digno de apóstoles a la educación de nuestras juventudes médicas. Para qué rememorar sus fatigas, sus desvelos, sus esfuerzos titánicos para instruir y aun para allegar a lo suyos el pan cotidiano, si todos lo supimos, si en nuestra intimidad tuvimos angustiosos escalofríos de compasión y voces airadas de protesta.

Labor ingrata esta del magisterio en todas partes, pero especialmente en nuestra patria. Con una escasez franciscana de medios de enseñanza en relación con el número de alumnos, con unos salarios de hambre y de miseria, es prosaico, mas, ¿por qué no decirlo?, con una falta completa de protección social; el profesor no tiene seguro de enfermedad, ni profesional, ni de vida, pero ni siquiera un simple retiro que le asegure un modestísimo pasar en su vejez, y de otra parte un estudiantado liviano, ávido del menor esfuerzo en el cumplimiento de

sus deberes, listo siempre a perder el tiempo, cuando no a herir sentimientos nobilísimos. Labor ingrata ésta de enseñar, llena de honores sí, pero que va cercenando al mismo tiempo nuestra vida.

Sería imposible e inoportuno analizar, siquiera fuese de paso, la personalidad compleja de Manuel Vicente Peña. Pero, ¿cómo no hacer presentes algunos de sus rasgos típicos que lo caracterizaron haciéndolo conocer en toda la República, le conquistaron enemistades grandes y afectos no menos profundos?

Estudiante talentoso, levantado en un ambiente de austeridad y de decoro, heredó de su ilustre padre el amor a la ciencia médica, y las cristianas virtudes en el ejercicio de su profesión. Vencedor en varios concursos, regentó con brillo el internado y la Jefatura de Clínica de las cátedras de los eminentes cirujanos Pompilio Martínez y Rafael Urcés, y la de los no menos afamados clínicos Lombana Barreneche y Roberto Franco. Miembro de varias Asociaciones científicas nacionales y extranjeras, culminó su carrera docente con el profesorado en la Cátedra de Anatomía Topográfica y Medicina Operatoria en la Facultad de Medicina, donde realizó una labor digna de todo encomio.

Espíritu innovador y revolucionario, introdujo al país adelantos que, como los rayos X y la anestesia por los gases, vinieron a imprimir un nuevo sello a nuestras investigaciones científicas y a aumentar la eficiencia del ejercicio profesional.

Cirujano de nota, realizó intervenciones atrevidas que causaron novedad en nuestro medio. Los archivos de su Clínica, fundada y sostenida con una energía digna de mejor suerte, no sólo testifican su ciencia sino su caridad, su amor al prójimo.

Venido a la vida pública en compañía de esa pléyade ilustre de varones centenaristas, con su rara inteligencia y su audacia, captó en el preciso momento el resorte secreto de la emoción popular, conquistando así hermosos triunfos para la democracia. El 13 de marzo tuvo en su juventud dinámica y batalladora el permanente germen instigador, y el 8 de junio encontró en él, el nervio vibrante conductor del movimiento.

Amigo de verdad de sus amigos, nunca vaciló en sacrificarse por ellos sin ningún reparo y sin interés bastardo. Enemigo temible, pero franco y leal; corazón de león, siempre tuvo listas sus garras para atacar de frente, y atacó sin vacilaciones, con coraje y sin miedo. Hé aquí la causa de sus enemistades. Seríamos infieles a su memoria si a la sombra del dolor no hiciéramos esta rememoración.

Bondadoso y jovial, alegre y sencillo, lo vimos siempre batallar sin tregua, olvidando a veces y burlando siempre la cruel cardiopatía que segó su existencia. Su vida, su larga agonía y su muerte fueron el símbolo de la lucha y de la virilidad.

Por fin entrasteis, Profesor, en los mudos imperios de la paz y el descanso.

Darío Cadena C.



Profesor Manuel V. Peña.

Señoras y señores:

Han querido los alumnos del curso de Cirugía de la Facultad de Medicina, que sea el opaco profesional que ha tenido en los últimos tiempos el alto honor de reemplazar al Profesor Manuel Vicente Peña

en la enseñanza de dicha asignatura, quien dé en su nombre el último adiós al experto galeno de la generación del centenario. Este hecho —extraño en apariencia— se explica por la circunstancia, asaz conocida de los estudiantes de Medicina, de ser quien habla un admirador sincero de las cualidades que adornaron la vigorosa personalidad del compatriota que hoy descende al sepulcro en medio de los lamentos de un crecido número de sus conciudadanos.

Seguro estoy de que los sentimientos de amistad y de compañerismo que durante más de un lustro me vincularon al señor doctor Peña, no alteran en lo más mínimo la serenidad de mi espíritu para juzgar imparcialmente al colega que entre muchos otros títulos que lo hacen acreedor a la gratitud del cuerpo médico del país y de la sociedad en general, tenía el de haber sido el fundador de una de las clínicas más antiguas de la República y que mayores servicios han prestado a la familia colombiana.

Todos vosotros, señoras y señores que me escucháis, tenéis en vuestras mentes una imagen indeleble de la fisonomía física y espiritual del meritisimo ciudadano cuya muerte lamentamos en estos instantes. Su estatura algo más que mediana, sin ser excesiva, su tórax amplio, su voz grave y su cabeza depoblada, delataban al hombre nacido para asumir actitudes viriles y claramente definidas. Como complemento de estos caracteres de orden somático poseía un temperamento extraordinariamente activo, merced al cual se portó, siempre que las circunstancias se lo permitieron, como un reformador inquieto y un revolucionario entusiasta.

Por sus actuaciones políticas, cierto ex-ministro del último gobierno conservador lo motejó de jacobino; y tal vez en su ardorosa imaginación lo comparó con la infortunada víctima del puñal homicida de Carlota Corday. Pero al llegar a este punto, y antes de continuar en el análisis psicológico de nuestro lamentado amigo, permitidme que consagre en estos momentos un recuerdo al célebre médico suizo. Los autores que se ocuparon de él en el siglo XIX lo juzgaron indudablemente con criterio parcial y apasionado. Hoy la crítica serena reconoce que fue uno de los grandes valores espirituales de su época, ya que además de su extremado desinterés y de su encendido amor a la democracia, poseía una vasta ilustración y una intensa curiosidad intelectual que lo indujo a realizar investigaciones con las cuales contribuyó eficazmente al progreso científico de la Europa del siglo XVIII. Como nuestro compatriota, fue víctima, en los últimos años de su existencia, de cruel enfermedad; pero mientras las asperezas de la vida endurecieron el corazón del galeno europeo, en el médico colombiano no mellaron su naturaleza compasiva.

Contra tales puntos de vista, algunos recordarán en estos instantes la acerbía con que el señor doctor Peña atacaba a ciertas entidades y personas a quienes de buena fe consideraba merecedoras de su cólera.

Mas a este respecto es necesario parar mientes en el hecho de que sus dardos en ninguna ocasión fueron lanzados contra seres caídos ni indefensos. El era altivo con el fuerte y benévolo con el débil. Fue notorio, por otra parte, que jamás rindió culto a los soles nacierentes en espera de lumbre y de calor. En cambio, en su Casa de Salud acostumbraba asilar de manera gratuita enfermos desheredados de la fortuna; y nunca escatimó sus servicios profesionales ni su ayuda económica a los pobres de solemnidad.

Su temperamento, impetuoso y dinámico, le impidió siempre concentrarse largo tiempo en sí mismo. Pero, al contrario de lo que ocurre con frecuencia en las personas de energías desbordantes, era tenaz en las empresas que se proponía llevar a cabo. Estas peculiaridades de su carácter y su gran afición a la ciencia de Esculapio, que heredó de su padre, el filántropo doctor Manuel Guillermo Peña, hicieron de él un verdadero experto en ciertos ramos de la Medicina, en los cuales las enseñanzas que proporciona el análisis de los estados de conciencia, son de escasa utilidad para el médico y en los que la introspección suele desempeñar el papel de lastre nocivo en las labores del profesional. Lo cierto fue que llegó a ser un buen radiólogo, un técnico en Clínica Quirúrgica y un admirable operador, y que consagró muy poco tiempo al cultivo de los predios en que espigaran William James y Aquiles Delmas.

Gracias a su profundo conocimiento de la Patología Externa y de algunas de las aplicaciones de los rayos de Roentgen, consiguió, sacando él mismo radiografías y examinando personalmente los enfermos, precisar diagnósticos en múltiples ocasiones en que los datos de otros radiólogos no lograban disipar las vacilaciones de los clínicos. Asimismo, merced al conocimiento de los mencionados ramos de las ciencias médicas, logró escoger con sumo acierto la técnica quirúrgica más conveniente en ciertos casos de ofuscante complejidad.

Trabajaba siempre con gran entusiasmo y sin proporcionarse el reposo indispensable para la reparación de las energías gastadas. Esta incesante actividad acabó por minar su salud y por conducirlo a la tumba, cuando apenas se encontraba en la madurez de la vida.

Viéndolo pasar las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio, inclinado sobre los enfermos en los servicios de medicina y en las salas de cirugía, trabajando siempre con admirables resultados, lamenté muchas veces que encerrara una verdad incuestionable el duro apotegma de los médicos antiguos: "La vida es una antorcha que cuanto más intensamente arde más rápidamente se consume".

He dicho que por causa de su misma constitución psíquica fue nuestro valeroso compatriota un espíritu refractario a la introspección. En cambio, como clínico experimentado, supo observarse y actuar en ciertos momentos de su agitado vivir, como espectador y médico de sí mismo. ¡Y con qué admirable impavidez analizaba los síntomas de la

enfermedad que él sabía que en breve iba a conducirlo al sepulcro! No es exagerado afirmar que contempló con la fría sangre de un estoico el trágico espectáculo de su propia agonía.

Bello ciclo vital, señoras y señores, el de la existencia de Manuel Vicente Peña, quien luchó durante la vida como hombre de acción y rindió la postrer jornada con la serenidad de un filósofo y la resignación de un cristiano!

Dr. Enrique S. Reyes.

